Expansión

El fallido maridaje de ciencia y economía

Francisco Rodríguez Fernández

Una buena combinación entre un vino y una comida puede surgir de un conocimiento experto y extenso de sus propiedades, de recomendaciones, de una tradición de prácticas acertadas o de la casualidad. En la unión entre ciencia y economía, en España demasiadas cosas se dejan al azar. Lo sucedido con el tratamiento del Covid-19 lo ha vuelto a poner de manifiesto. En lugar de intentar aprender para que la próxima vez haya una combinación de tecnología y prevención más acertada, prefiramos jugar a poner en coma la economía, primero, y a la yenka, después. Porque este plan de desescalada consiste, básicamente, en ir probando y deja demasiada responsabilidad a la libertad individual. En todo caso, ante lo que se ha revelado como insuficiencia de medios sanitarios y capacidad de aplicación científica (que no de conocimiento) parece que, desgraciadamente, no nos queda otra opción hoy en día.

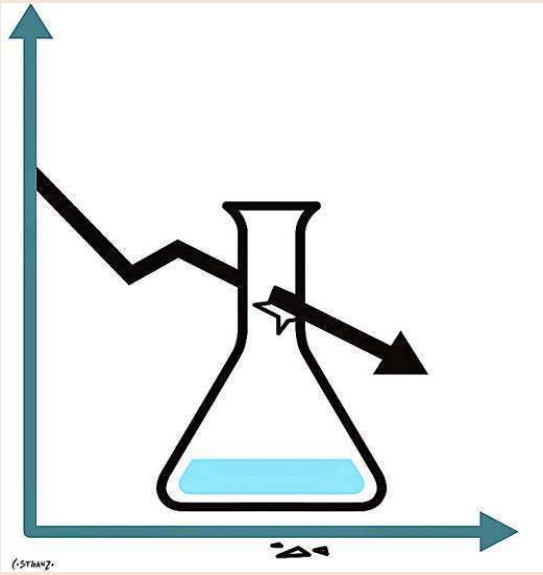
La experiencia histórica invita a pensar que ni siquiera un fenómeno como el del coronavirus va a propiciar un cambio en la relación entre ciencia y economía en España. Han sido muchos los análisis rigurosos que han identificado los problemas. Los planes plurianuales de investigación deberían tener una dotación económica abrumadora y ser gestionados por una agencia independiente de científicos, que no burócratas. Con criterios transparentes. Hay demasiado igualitarismo. Café para todos en presupuestos, salarios y dotaciones. Nos sigue pareciendo *snob* diferenciar por mérito y capacidad, que diferentes esfuerzos tengan distinta recompensa. Seguimos viendo centros de investigación que presentan grandes avances o trabajan en descubrimientos destacados a escala mundial al filo del cierre o teniendo que prescindir de investigadores y dejar en la estacada a jóvenes promesas. Los sistemas de financiación de proyectos no son participativos sino, primordialmente, basados en créditos. Con extraordinarias rigideces burocráticas. Esto genera dos grandes males del sistema. El primero, que se pierden recursos (la mitad del presupuesto no se ejecuta). El segundo y más grave, es que se rompe la conexión entre investigación básica y aplicada. Con el Covid-19, nos hemos plantado en la fase de desescalada con decenas de laboratorios punteros que pueden hacer pruebas de diagnóstico esperando que alguien les coordine desde Madrid para realizarlas. Entre tanto, siguen llegando tests fallidos del extranjero con un coste considerable.

Muchas veces se compara a España con otros países cuando se quiere motivar una renta mínima o un subsidio de supervivencia. Se trata, en la mayoría de los casos, de países avanzados científicamente donde la ciencia y la inversión en tecnología han hecho que haya menor desigualdad y pobreza relativa. En España, con las dimensiones de la economía sumergida y una inversión en I+D+i de un tercio de la que tienen países avanzados en esta materia, poco se puede esperar que no sea seguir haciendo rotos presupuestarios por otros lados. En sociedades de pilares sólidos, ricas en ciencia, educación y cultura, se puede apostar por medidas sociales extraordinarias porque son "compatibles con los incentivos", cuatro palabras que en España chirrían secularmente. Uno ve experiencias como las del freno al Covid-19 en Seúl, donde acuden a trabajar decenas de millones de personas cada día, y entiende mejor que nunca para qué sirve todo esto de la ciencia y la tecnología.

Percepción social

El problema tiene también mucho que ver con la percepción social de la ciencia. ¿Quiénes son los expertos? Con el coronavirus han surgido grandes predictores de curvas de adopción sin título ni experiencia alguna (aunque con miles de citas en redes sociales) más allá de un par de libros de divulgación con más tinta ideológica que científica. En mi disciplina, por ejemplo, se observa desde hace mucho tiempo una confusión entre divulgación y conocimiento. Predominan en programas de radio y televisión economistas con grandes capacidades de comunicación, incluso del mundo de la universidad, pero sin investigación o reconocimiento apreciable dentro de la profesión. Esto estaría bien si se dedicasen (al más puro estilo de Punset) a contar los avances que otros encuentran en lugar de a adoctrinar y a recetar un día y otro también. Los propios medios de comunicación mezclan muchas churras y merinas.

La Universidad tendría mucho que decir. Es una red política muy tupida, con muchos intereses burocráticos y equilibrios complicados. La tendencia al igualitarismo se extiende. Por ejemplo, la unidad básica por la que se mide el rendimiento científico, el sexenio de investigación, debería ser una obligación. Un requisito mínimo para distinguir entre horas de docencia y de dedicación investigadora. Se ha avanzado algo en este sentido, pero falta mucho, hasta propiciar sistemas de colaboración público-privada con suficientes incentivos para investigadores para dar el salto de lo básico a lo aplicado sin dejar la universidad. Una oportunidad perdida es el del recientemente creado sexenio de transferencia, que podría ser la medición del nexo entre conocimiento y aplicación. Sin embargo, hasta tal punto llega el igualitarismo burocrático que es posible que un profesor universitario lo obtenga sin haber publicado en una revista de impacto en su vida.



No hay cultura de lo científico ni suficiente respeto por la ciencia en España. No es que sea un problema exclusivo de estos lares. En otros países, los líderes recomiendan beber lejía para curar el virus..., pero siempre hay cerca una asesora científica avergonzada que todos saben que sí es una referencia.

Catedrático de Economía en la Universidad de Granada, economista sénior en Funcas y colaborador de Cunef